

A group of people are seated around a table, possibly in a meeting or workshop. The image is heavily stylized with a red and cyan color filter. The text is overlaid on the upper portion of the image.

FILO EN LÍNEA

PENSAR LA VIRTUALIDAD

COMPILADORAS:
EUGENIA GAY
CELIA SALIT
ALICIA ACIN

Filo en línea.

Pensar la virtualidad

Eugenia Gay
Celia Salit
Alicia Acin

(Comps.)



El debate presencialidad/ virtualidad: los peligros de naturalizar la educación remota

*Por Gloria Edelstein**

1.

El ingreso a la universidad no significa solo comenzar los estudios en la carrera elegida vinculada a un campo de conocimientos, implica ingresar a una institución con una larga historia y tradición, de reconocimiento y legitimidad social construida por centenares de años que moviliza representaciones que circulan en el imaginario colectivo en nuestra sociedad y tienen resonancias en sujetos que la integran. En este marco, implica para les ingresantes, incorporarse a un ámbito social específico con sus particularidades, ser parte del acontecer en determinados tiempos y espacios con sus ritos y rituales, intercambios e interacciones prescriptas y resignificadas en términos objetivos y simbólicos.

2.

Asimismo, supone participar de clases y actividades vinculadas a los estudios por los que se ha optado y a otras propias al incorporarse como ciudadanos universitarios, integrarse a órganos colegiados, agrupaciones y centros de estudiantes, aunque sea indirectamente; participar en elecciones, debatir sobre derechos estudiantiles y planes de estudios, entre otras instancias. Es decir, formarse también social y políticamente. Además, armar grupos de estudiantes y amigos, ampliar la vida social, conocer estudiantes de la propia carrera y de otras, básicamente a quienes están en la misma unidad académica y realizar intercambios múltiples. Es decir, concretar una socialización en sentido amplio.

*Profesora Emérita de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

3.

Por otro lado, ya en la Facultad elegida, socializarse en *habitus* propios de la comunidad académica específica, que implícitamente van permitiendo incorporar modos de pensar y actuar propios de la vida profesional a la que les estudiantes se van a dedicar, sea cual sea el campo de intervención por el que opten o en el que se desempeñen, asociado a docencia, extensión/trabajo socio-comunitario o investigación.

4.

Todo lo mencionado hace a un salir del terreno familiar o privado, del entorno más próximo, para ingresar a un lugar social de encuentro con diferentes, “radicalmente diferentes” en muchos casos, que dan lugar a nuevas miradas, escuchas, lecturas, análisis y reflexiones; un abrirse a otros mundos.

5.

Además otra cuestión central, en relación a saberes y conocimientos, refiere al compartir aquello del orden de lo común. Lo que tiene que llegar a todos de manera igualitaria, con sentido inclusivo y de justicia educativa, y por ende curricular, más allá de los modos de apropiación. Fuerte apuesta en el marco de la Educación Superior significada como derecho humano.

Todo lo señalado hasta aquí, entre otras cuestiones, argumenta el sentido y valor de la presencialidad. Porque es solo a partir de la presencia física concreta, que se hacen posibles estas notas sustanciales en la vida universitaria. Y no he mencionado aun lo que posibilita en el micro-espacio del aula (entendida en sentido amplio) y de las clases -desde registros e intercambios a partir de diversos lenguajes- en términos de encuentro, de acercamiento concreto intelectual, físico y afectivo; de construcción de lazos; de trabajo y producción colaborativa junto a otros, de apoyo y orientaciones por

parte de docentes como facilitadores de las actividades planteadas en los aprendizajes en juego.

Por supuesto que en relación a estas cuestiones cabe distinguir casos que dan cuenta por parte de estudiantes de una integración plena, así como limitada en otros, porque los motivos de ingreso a la universidad son muy diversos y no dependen de nuestros proyectos e intenciones. Pero para muchos, no poder concretarlo ha significado una pérdida importante. En particular para los ingresantes.

Ahora bien, llegada la Pandemia COVID 19, hecho inédito, excepcional, que nos dejó perplejos e incluso en un comienzo con poca capacidad de respuesta, que nos mostró en toda su crudeza sufrimientos y fragilidades en los demás, también en nosotros, nos desafió en corto tiempo a buscar respuestas que permitieran hacernos cargo de la continuidad pedagógica y desafiar nuestra imaginación para encontrar las maneras de sostenerla. ¿Por qué? Sencillamente por garantizar el derecho a la educación superior que postulamos académica e ideológicamente y por la convicción de que son justamente los sectores más desfavorecidos los que requieren de la apoyatura de propuestas pedagógicas de docentes para poder sostener su continuidad y permanencia en los estudios universitarios.

Respecto de este supuesto, me voy a permitir ser un tanto provocativa en relación a lo que pasó y pasa con algunos docentes (no los que están participando de este ciclo, seguramente), pero no por un problema de la virtualidad sino por los modos de entender, en realidad de no entender de qué se trata la enseñanza. Son muchos aún los docentes que piensan que en una clase su tarea es solo exponer los contenidos. Escuché en algunos aludir a cuánto trabajo les costaba preparar las clases en la virtualidad. ¿Y antes? ¿Qué hacían? ¿Preparaban, diseñaban realmente sus clases?

Está claro que objetivamente no disponíamos de las mejores condiciones para dar respuesta a este desafío. Quizás mucho menos, cuando se impuso trabajar exclusivamente desde la virtualidad. En realidad, la pandemia así como visibilizó descarnadamente desigualdades pre-existentes en los estudiantes, también lo hizo en ciertos casos en los docentes; visibilizadas y además profundizadas dados los problemas socio-económicos emergentes. En esta clave, la dificultad fue cómo resolver no sólo problemas materiales (respetto,

por ejemplo, a dispositivos y conectividad) que son los que frecuentemente se denunciaron/denuncian como generadores de desigualdad (más allá de que es un acto de justicia resolverlos), sino además cómo prestar particular atención a cuestiones de orden subjetivo, derivadas de lógicas propias de esta modalidad, comprender e interiorizar que la transmisión de aquello atinente al orden de lo común sea posible. Y en el caso de los docentes tener la formación requerida para hacerlo.

Ante este escenario, los primeros tiempos fueron de desconcierto, de cimbronazos, de enorme confusión. No obstante, prontamente -en particular al advertir que no se trataba de un tiempo acotado como se imaginó al comienzo- se fueron comprendiendo y asumiendo, en algunos casos con mayor celeridad que en otros, los cambios necesarios en nuestras intervenciones. Es que se imponía un giro importante, incluso rupturas; entender nuevas lógicas e imaginar caminos posibles; salir de la comodidad de lo ya sabido; dar lugar a nuevos repertorios; incorporar otros medios, actividades y recursos didácticos.

La virtualidad, abordada en perspectiva crítica, demanda recaudos importantes. En particular para no rutinizar los medios que se utilicen y desburocratizar formas que, de otro modo, quedan nuevamente asociadas a la racionalidad tecnocrática que atosiga a los estudiantes de contenidos y tareas (consignas) a resolver mecánica y casi compulsivamente; también plantea actividades que requieren disponibilidades tecnológicas imprescindibles, que no están al alcance de forma igualitaria para todos. Incorporar la virtualidad en perspectiva constructivista y crítica no es una labor sencilla, requiere dominio de medios y soportes diversos, pero no sólo eso: demanda un esfuerzo intelectual y creativo importante. No es para nada poca cosa.

Otra cuestión clave en la virtualidad remite a los contenidos. No podemos despreocuparnos de ellos por una cuestión de “justicia curricular”, por eso mismo, invita a repensar que este tiene que ser también un tiempo en que las enseñanzas encuentren las mejores maneras de trabajar en torno a saberes y conocimientos. No pensarlos en términos acumulativos, como mera sumatoria ni a procesar en tiempos restringidos. Sin abrumar, optando por aquellos que

entendemos prioritarios, que demarcan el territorio de lo común, que es función central de las instituciones educativas abordar. De no hacerlo, significaría un vacío para muchos estudiantes para quienes resulta muy dificultoso sortear el aprender sin contar con las propuestas pedagógico-didácticas que les docentes les acercan en sus mediaciones.

Esta perspectiva plantea, sin dudas, un giro importante en nuestras prácticas, compelides a repensar y reconfigurar contenidos y formas en nuestras intervenciones. Imaginar unidades de sentido y las articulaciones necesarias que habiliten las imprescindibles relaciones de continuidad entre secuencias sincrónicas y asincrónicas, entre instancias presenciales y virtuales (cuando y donde sean posibles) que perfilen y tramiten propuestas integradas y no fragmentadas como compartimentos estancos.

La diferencia sustancial, a mi entender para quienes nos comprometimos en esta apuesta, es que si bien nos encuentra muy cansades por la superposición de actividades que tuvimos que concretar hasta aquí (en muchos casos con carencias en lo relativo a condiciones materiales de trabajo) nos tocará ahora transcurrir una nueva etapa con un capital experiencial ganado que se constituye en fortaleza para el reencuentro en la presencialidad aunque sea parcial y combinado con la virtualidad. Ante la posibilidad de un tiempo de modalidades duales o bimodales, resolver claramente, al disponer de conocimientos y saberes específicos qué abordar en una y otra instancia. Cuando esto no sea posible aun, por el distanciamiento preventivo, profundizar en clave reflexiva y crítica las propuestas virtuales implementadas y apostar a mejorarlas, a recrearlas.

Sea cual sea la modalidad, en las enseñanzas, es central generar el deseo de saber, de indagar, de comprender, que se torne apetecible lo que proponemos, que invite desde una entrega generosa, que dé lugar a ciertos guiños y complicidades, que seduzca, entusiasme, que suscite el deseo de saber. Es claro que ello implica, ante todo y como pre-condición por parte de quienes enseñamos, apasionarnos con aquello que se constituye como objeto de conocimiento. Dar lugar a un nuevo contrato pedagógico, siempre importante, ahora más. Es decir, acordar democráticamente, desde el comienzo, reglas de juego que se imponen como necesarias para que sean posibles los

intercambios propios del interjuego entre el enseñar y aprender. Ello significa, además, generar un clima de credibilidad y confianza que invite a la participación.

En clave analítica y reflexiva, advertimos la necesidad aun en la virtualidad y aunque suene paradójal, de dar lugar al encuentro con otros, a la conversación, la apertura, el diálogo. Aprovechar todos los medios disponibles hasta en inimaginadas posibilidades, compartir, acompañar, correrse de posiciones y actitudes sancionatorias, de dominio y de control. Todo lo contrario, sostener vínculos y recuperar lazos, retomar la idea de abrirnos a múltiples registros (agudizar la mirada, la escucha, la lectura). Aún mediados por pantallas y dispositivos a mano, estar atentos a indicios, a señales mínimas, sutiles: qué vemos, qué observamos, qué se dice, qué se hace, qué se piensa, qué se dice acerca de lo que se piensa y se hace, qué se expresa, qué se responde; también qué se silencia, cuándo se silencia; quiénes faltan, no están o no se conectan. Indagar, buscar rastros, reconocer y re-conocernos; apartar prejuicios y profecías, dejarnos sorprender.

Más allá de todos los desafíos que haya que enfrentar, como nunca, tenemos mucho a nuestro alcance si tomamos distancia de lecturas binarias y asumimos el sentido virtuoso de las tecnologías que abren infinitas posibilidades. Aspecto en el que hemos ganado terreno y que habrá que priorizar -sin duda- en propuestas de capacitación.

En relación a ello, me gustaría expresar respecto a la idea de “los peligros de naturalizar la educación remota” que forma parte del título de este Panel, que toda naturalización conlleva riesgos, en esta modalidad como en cualquier otra propuesta pedagógica respecto de la cual se opere acríticamente. Naturalizar nos conduce a considerar determinado acontecer como “lo esperable”, “lo normal” por lo que en su reiteración deviene invisibilizado, colocado en un plano de opacidad en lugar de tornarlo objeto de reflexión crítica y contextualizada, por tanto acorde a sujetos, textos y contextos.

El escenario actual de interrupción de los modos en como venía sucediendo la escolarización, ha puesto en jaque las formas y los dispositivos con los cuales organizábamos las prácticas. La naturaleza y las condiciones del trabajo de enseñar para docentes y de aprender para estudiantes, se han visto transformadas. La docencia en tan-

to quehacer especializado, si bien socialmente ganó en legitimidad en tiempos de pandemia, ha operado un giro muy significativo en las prácticas cotidianas y, por lo mismo, en los saberes requeridos. Nuevos y diversificados escenarios abren a un sinnúmero de interrogantes que nos compelen a pensar y debatir colectivamente en procura de favorecer prácticas didácticas acordes a estos tiempos a la vez que proyectar, en previsión de futuros posibles, siempre con la mira direccionada a garantizar más y mejor formación para todos, todas y todes.